B. Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

¿ME SALVARÉ O ME CONDENARÉ?

Tema trascendental. Dios quiere salvarte; mas de ti depende

¿De qué le vale al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?
(Mt. 16,26).

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo,44
41003-SEVILLA

INDICE

PRESENTACIÓN.......................................3
EL PROBLEMA DE LA SALVACIÓN.............7
Importancia del problema de la salvación...9
El problema de la vida es incierto 12
Trabaja, pero desprendido en tus negocios..14
Piensa en tu salvación 16
Mira por tu alma..18
¿Qué vale todo esto con relación a la eternidad?...21
Excelencia de la salvación 24
Dios quiere nuestra salvación...........................26
¿Qué tenemos que hacer para salvarnos?...27
¿Qué hacen los santos por su salvación?...30

ISBN: 84-7770-556-9
D.L.: Gr.513-2001
Impreso en España
Printed in Spain

PRESENTACIÓN

El problema de nuestra salvación es trascendental y de suma importancia para todos. Sabemos, como dice San Jerónimo: *que "Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan en conocimiento de la verdad"* (1 Tim. 2,4). Mas como nadie se salva sin su propia voluntad (porque tenemos libre albedrío), quiere que nosotros queramos el bien, para que queriéndolo, también Él quiera cumplir en nosotros su designio" (In. Eph. 1, 1,11).

Y San Ambrosio nos dice: "Anúnciese manifiestamente la misericordia de Cristo respecto de todos, a fin de que los que se pierden, se pierdan por su propia negligencia, y los que se salvan, se vean libres, según la sentencia de Cristo, "el cual quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (De Cain et Abel, 2, 3,11)".

Yo quisiera hacer ver a los lectores de este pequeño libro que el problema y el negocio más importante de nuestra vida no son los negocios temporales, sino el de nuestra salvación eterna. A este fin reflexionemos sobre lo sucedido a unos señores que no pensaron jamás en este problema tan trascendental.

Según un artículo de C. Sentís en el diario "ABC", en 1923 se reunieron en un hotel de Chicago los prohombres del mundo financiero norteamericano, los cuales controlaban riquezas mayores que el mismo tesoro del Estado.

Pues bien todos aquellos señores terminaron sus días del siguiente modo:

El presidente de la más importante compañía del acero, Carmos Schwad, vivió los últimos años de su vida arruinado y murió súbitamente. El más grande especulador en trigo, Arturo Gutten, murió insolvente en el extranjero. El mayor de los colosos de Wall Street, José Livermore, el presidente del Banco Internacional de Inversiones, León Fraser, y el jefe del más importante monopolio del mundo, Iván Kreuger, se suicidaron.

Estos son los cambios de esos personajes

en 25 años. El artículo termina diciendo que todos ellos habían aprendido a ganar dinero, pero ninguno de ellos había aprendido lo más importante, y lo más importante para ellos hubiera sido haber emprendido el negocio de su salvación eterna. De este problema, de su importancia y de cómo hemos de lograrlo todos, vamos a hablar ahora.

Benjamín Martín Sánchez
Zamora, 31 de marzo del 2.000

EL PROBLEMA DE LA SALVACIÓN

Este problema, bien examinadas las cosas, es el único y principal, porque trasciende a todos los demás, y todos están subordinados a éste.

En todos los demás asuntos ganarás o perderás un poco de bienestar material, pero en el asunto de la salvación se debate la felicidad o la desgracia eterna.

Vamos a vivir poco tiempo sobre la tierra, las riquezas que hayamos adquirido las vamos a dejar aquí. Con la muerte se terminan todos los negocios temporales. El único negocio de valor es el eterno, es decir, el que comienza a raíz de la muerte, porque ésta es la puerta de la eternidad. Es, pues, de locos no pensar en el más allá porque lo que vale es lo eterno... *"El tiempo*, como nos dice San Pablo, *es muy breve, y el aspecto de este mundo pasa rápidamente"* (1 Cor. 7,29 y 31).

Si vamos a pasar rápidamente, ¿por qué no pensar en nuestro último fin, en el negocio que perdura para siempre?

Vivimos entretenidos con nuestros nego-

cios temporales y soñamos en situarnos cómodamente en nuestra sociedad y adquirir acaso un puesto elevado con mucho dinero, y ¿qué sucede? ¿qué ha sucedido a los que vivieron antes que nosotros en puestos elevados gozando de placeres, honores y riquezas? Pasaron como una sombra, pasaron con sus riquezas y pasaron para siempre, y ¿qué habrá sido de su alma?

Tenemos alma y cuerpo. Para muchos el cuerpo es más importante que el alma. Para muchos... pero... para Dios no, para Dios... no.

Aunque Jesucristo vino a salvar al hombre –a todo el hombre, con su cuerpo y con su alma-, lo que principalmente buscaba el Señor, al tomar naturaleza humana, era morir por el alma para salvarla. *Vino*, dice San Juan, *para que las almas tengan vida y la tengan bien abundante* (Jn. 10,10).

Para Cristo, el elemento alma significa más y vale más que el elemento cuerpo. Así lo expresó claramente por San Mateo cuando dijo: *"No tengáis miedo a los que matan el cuerpo; temed más bien a aquel que puede, después de quitaros la vida, arrojaros en la gehenna (=infierno)* (Mt. 10,28).

Nuestra alma es, pues, inmortal, no muere y vive para siempre *"El cuerpo volverá a la tierra de la que ha sido formado, pero el alma volverá a Dios, que le dio el Ser"* (Ecl. 12,7) y seremos juzgados por Él.

Importancia del problema de la salvación

Este problema nos es de suma importancia. Recordemos a San Agustín cómo en medio de sus extravíos, en los años de su juventud, andaba preocupado por este problema de la salvación.

Un día preguntó a su amigo Alipio: "Alipio, Alipio, ¿qué hacemos? La gente sencilla entra en la vida eterna, las mujeres de mal vivir se convierten y entran en el reino de los cielos, mientras que nosotros, con toda nuestra filosofía y la orgullosa balumba de nuestra ciencia nos perdemos".

El mismo Agustín, ya convertido, insistirá en el capítulo V de sus "Confesiones" sobre la importancia del negocio de la salvación. "El que le conoce, lo sabe todo; el que no lo conoce, no sabe nada, aunque sepa todo lo demás". Como más tarde cantó una copla: "... al final de

la jornada, aquel que se salva, sabe; y el que no, no sabe nada".

A todos nos debe interesar grandemente conseguir nuestro fin, que es el de la salvación eterna. Con la conversión de San Agustín tienen algo de parecido las palabras que un día dijeron San Felipe Neri y San Ignacio de Loyola a unos jóvenes:

- A *San Felipe Neri*, se presentó un joven para pedirle un favor. El santo se lo hizo. Y después le hizo esta pregunta: "¿Qué es lo que quieres conseguir con tus estudios?". Pues quiero ser abogado. "¿Y después?". Defendiendo causas ganaré mucho dinero. "¿Y después?". De este modo me prepararé una vejez tranquila. "Está bien. ¿Y después?". El joven se puso triste, y contestó: "Pues, después, me moriré". "Y después?", repitió San Felipe Neri. A esta última pregunta, el muchacho no contestó; comprendió que el santo quería decirle: "Hay una eternidad en la que es preciso pensar: hay un Dios a quien servir y un alma que salvar, ¡esto importa más que todo! Aquellas palabras, "¿y después?", le quedaron impresas en la mente e hicieron de él un hombre virtuoso.

- Un caso semejante es el del encuentro que tuvo el joven llamado Francisco Javier con *San Ignacio de Loyola* cuando estudiaba en la Universidad de París. Ignacio se puso a preguntarle de este modo: "Javier, estudias con mucho provecho y alabanza; lo celebro. Pero ¿qué esperas con tus estudios?".Una profesión honorífica. ¿Y después?" Después seré feliz. "¿Feliz? ¡Cuánto te compadezco!". ¿Por qué? "Porque la verdadera felicidad no está en la tierra". – Bueno, a lo menor estaré en el mundo lo mejor que se puede. "¿Y después?" replicó San Ignacio en un tono severo. El joven enmudeció; pero prosiguió el santo: "Y después, *¿de qué te servirá haber ganado todo el mundo, si al fin pierdes el alma?"*.

Javier, conmovido por estas palabras, entró dentro de sí mismo, conoció la vanidad de todas las cosas del mundo y cambió al momento de modo de pensar. Sin más siguió a San Ignacio, se hizo sacerdote misionero y fue a las Indias a predicar a aquellos pueblos bárbaros; y después de haber convertido cerca de tres millones de infieles, murió en las puertas de China. Este gran hombre es *San Francisco Javier.*

El problema de la vida es incierto

Este problema, que es un problema trascendental, es incierto con una incertidumbre pavorosa. ¿Me salvaré? ¿Me condenaré?

Palabras sencillas, pero profundas como un abismo infinito.

Salvarse es lograr la felicidad infinita del cielo. Para comprender lo que significa la palabra salvación tendríamos que asomarnos al cielo, región de luz, de paz, de dicha eterna, donde no hay dolores ni sufrimientos, es como vivir en un bello palacio, lleno de comodidades eternamente.

Condenarse es el padecer eterno del infierno, región de tinieblas, del llanto y separación de Dios. Muchos no creen en el infierno, pero Jesucristo es el que nos dice "*Estos* (los malos, los que blasfeman, los que no se arrepienten y viven y mueren en pecado mortal) *irán al suplicio eterno, los justos irán a la vida eterna*" (Mt. 25,46). Vivir eternamente en esa región o morada del dolor, es condenarse.

Y yo, ¿me salvaré o me condenaré? De mí depende. Como dice San Agustín: "Dios que te

creó sin ti no te salvará sin ti". El camino de la salvación es el cumplimiento de los mandamientos de Dios. *"Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos"* (Mt. 19,17).

Cuéntase que la Princesa Margarita de Austria, esposa de Felipe III, rey de España, paseando un día por las galerías de su palacio, se detuvo a contemplar un cuadro. En él estaban pintadas dos sendas: una muy estrecha, que subía al cielo y por la cual iban muy pocos, otra muy ancha que descendía al infierno y por la cual bajaba una multitud de personas muy alegres y divertidas.

Al mirar aquel cuadro, la reina rompió a llorar. ¿Por qué lloras, majestad? –le preguntaron. Y la reina contestó: Porque no sé cuál de estos caminos sigo yo. ¿Me salvaré? ¿Me condenaré? repetía, llorando.

Esta incertidumbre terrible ha hecho estremecer a los mayores santos, y por eso evitaban las más ligeras faltas y hacían grandes penitencias, y nosotros ¿no hemos de temblar y mirar con ánimo sereno el problema de la eternidad?

Todos los días y todas las horas del día para tus negocios, para tus diversiones, y ¿cuántas

horas en tu vida has dedicado a pensar en la suerte eterna de tu alma?

Trabaja, pero desprendido en tus negocios

Hemos de tener presente, que es deber nuestro y de todos el trabajar, y para esto nos ha puesto Dios en la tierra, pues, como dice el santo Job: *"El hombre ha nacido para el trabajo, como el ave para volar"* (5,7).

No tenemos que estar ociosos. El trabajo es virtud y lo contrario es la ociosidad, madre de todos los vicios. San Pablo, a los que estaban muy ocupados en no hacer nada, les decía: *"El que no quiera trabajar, que no coma"* (2 Tes. 3,10).

Los Padres de la Iglesia inculcan frecuentemente que amemos el trabajo, pues éste ennoblece, da salud, fortifica el cuerpo y el alma, excluye los vicios y hace germinar las virtudes: la inocencia, la paciencia, la fuerza. "Ocupaos siempre en algo para que el demonio os encuentre siempre ocupados, pues el perezoso está lleno de malos deseos" (S. Jerónimo).

Todo trabajo honrado y noble es agradable

a Dios y puede ser un gran medio de santificación. Y el que estudia, máxime los Libros Santos, se hará sabio, y también santo si practica las virtudes y rectos consejos que ellos inculcan.

Como hay que dejar a la hora de nuestra muerte todas las riquezas por eso no vivamos con el anhelo de juntarlas, y no cometamos locuras como los que acaparan sin saber para quién, y luego vienen a dejarlas a otros holgazanes que se darán buena vida a cuenta de sus sudores... Te sobran riquezas, piensa en tantos necesitados, en hacer obras de caridad. *"Teniendo lo necesario para comer y vestir estemos contentos", como nos dice el apóstol* (1 Tim. 6,8) ...y si uno anda con ansia de tener lo necesario para vivir, siga el consejo de Jesucristo: *"Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura"* (Mt. 6,33).

Trabajar por Dios, descansar por Dios, servir por Dios. Es lo único que da valor a las cosas. ¡Felices los que saben este secreto!

Un monje del desierto decía: "Yo voy donde está el trabajo, y allí encuentro el descanso. Los que se quejan del trabajo, se mues-

tran ingratos con su mejor amigo" (S. Dubay)...

Piensa en tu salvación

¿Quieres salvarte? De ti depende. No hay que perder de vista este negocio. Y ¿qué tenemos que hacer para lograrlo? Quererlo de veras. Y esto es lo que respondió Santo Tomás de Aquino a una hermana suya que le preguntó cómo se podría salvar, y el Santo le dijo: "Queriendo". Si tu quieres te salvarás, y si quieres, aprovecharás y alcanzarás la perfección. En eso está el punto de la dificultad, en que tú quieras y lo desees de veras y te salga del corazón. Dios nos da a todos de su parte la gracia y con ella lograremos salvarnos y ser santos si queremos.

Lo que necesitamos para salvarnos es conocer, amar y servir a Dios. Y para conocer a Dios lo que tenemos que hacer es:

1º.- *Creer* todas las cosas que Dios nos ha revelado.

2º.- *Observar* los mandamientos que Él nos ha mandado guardar, y

3º.- *Poner los medios* que Dios ha estableci-

do para alcanzar la salvación, y éstos son los sacramentos y la oración, porque por ellos obtenemos la gracia y auxilios divinos.

Y para aprender a conocer, amar y servir a Dios, lo conseguiremos aprendiendo el Catecismo de la Doctrina Cristiana, pues el Catecismo trata de:

1) *Credo* o verdades que debemos creer para salvarnos, 2) de *los Mandamientos* que debemos observar, y 3) de *los medios* que Dios ha establecido para darnos su gracia, que son como hemos dicho los sacramentos y la oración.

Lo primero, pues, de todo es conocer a Dios. El que no conoce a Dios no puede amarle, y para esto nos ha puesto Dios en el mundo. Este es el negocio principal y el más necesario, el único necesario que tenemos en esta vida. Como hay muchos ignorantes en religión, hemos de recordarles que adquieran un Catecismo, que, aunque es un libro pequeñito y poco interesante al parecer, si nos atenemos a su contenido, después de la Santa Biblia, es el más importante que hay en el mundo, pues en él tenemos un resumen de la doctrina enseñada por Jesucristo.

El Catecismo fue el regalo que le hizo Manzoni a un joven. Éste le pidió un libro que le guiase en el camino, no del arte, sino de la vida, y el insigne escritor le entregó un Catecismo diciendo: "He aquí el mejor libro para que aprendas a vivir".

Mi consejo: Los ignorantes en religión, los que no son más que católicos de nombre, para que sean católicos prácticos, adquieran el Catecismo, empezando por el de Primera Comunión, y luego los Evangelios, y los lean con frecuencia para conocer mejor a Jesucristo y sus enseñanzas.

Mira por tu alma

Reflexiona un poco, ¿qué piensas hacer en adelante? ¿Piensas seguir como hasta ahora caminando despreocupado por el sendero resbaladizo de la vida, a cuyos lados se abre el abismo infinito de dos eternidades: salvación, condenación?

No se te pide que entres en un claustro a hacer penitencia o hagas grandes sacrificios sangrientos... Sólo te piden que mires por tu alma tanto como por tu cuerpo. ¡Cuánto más debías

cuidar el alma que el cuerpo, ya que el cuerpo vale tan poco...!

Sólo te piden que pongas en el problema de tu alma por lo menos el interés que pones en tus negocios materiales. ¡Cuánto más trascendental que todos ellos es el asunto de tu alma!

Sólo te piden que robes un poquito de tiempo a tus quehaceres, a tus diversiones para pensar en ese problema pavoroso.

Te lo pide Jesucristo, el Hijo de Dios, que ha bajado del cielo y ha muerto por salvar tu alma. Él te habla en el Evangelio, porque en él tienes sus palabras, como un día habló a Francisco Javier por medio de San Ignacio de Loyola: *"¿De qué te vale haber ganado el mundo, si al fin pierdes tu alma?". "Dios quiere tu bien, Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad"*... No dejes de leer con frecuencia el Evangelio, y cuando conozcas a Jesucristo, empezarás a ser mejor.

Todos tenemos necesidad de trabajar para la salvación, y a este fin interesa reflexionar mucho sobre la citada frase de Jesucristo, que ha convertido a muchos: *"¿De qué sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?"*. Sin

duda ésta es la versión correcta, porque se ve que quien pierde el *alma* ya no puede recobrarla, es una pérdida irreparable como se mostrará en el día del juicio en el que Dios dará a cada uno según sus obras. (Conviene notar que en el griego alma y vida se designan con el mismo vocablo).

Jesucristo añade: *"¿Y qué dará el hombre a cambio de su alma?"*. Es preciso perderlo todo, antes que perder el alma. ¡Cuánto vale ésta!

El alma no tiene precio, es un tesoro inestimable por haber sido creada a *imagen y semejanza* de Dios. El precio del alma procede de su misma naturaleza, pues es espiritual, superior a la materia, y es a su vez inmortal.

Comprendía bien el valor del alma un joven de 18 años, llamado Pablo Moi, quien en las últimas persecuciones de China fue reducido a prisión. Este joven fue conducido a presencia de un jefe o mandarín (como allí los llaman), y como sentía gran cariño por él y de buena gana lo hubiera librado de la condena, a este fin le dijo:

Si renuncias a la fe cristiana te regalaré una barra de plata. Contestó Pablo: Una barra de

plata no es bastante. Replicó a esto el mandarín. Te daré también una barra de oro. Tampoco esto basta.

Admirado con esto el mandarín le preguntó: ¿Qué es, pues, lo que quieres, necio rapaz? Pablo contestó con firmeza: "Gran mandarín, si quieres que renuncie a la fe tienes que darme un tesoro de tal valor, que con él pueda comprarme otra alma".

¿Qué vale todo esto con relación a la eternidad?

Las cosas de la tierra hay que valorarlas, por ser pasajeras y vanas, con relación a lo perdurable y eterno... No lo dudemos: entre la vida del cuerpo y la del alma, hemos de preferir la del alma. Entre lo inmortal y lo mortal, hay que preferir lo inmortal, es decir, lo eterno... siempre antes que lo perecedero y caduco.

Dura tan poco la vida del cuerpo... que casi no merece que le atendamos. La vida del alma es la eternidad. ¿Y qué es todo lo de aquí abajo, tan pasajero y tan fugaz cuando lo comparamos con lo eterno? *Quid hoc ad aeternitatem?*

Y éste "Qué es esto... qué es todo esto ante la eternidad", es lo que ha dado valor y fuerza a tantas almas para despreciarlo todo y buscar a Dios.

Doña Sancha Carrillo era hija de unos marqueses. Rica, guapa y con veinte años que entonces tenía, amaba el mundo con todos los atractivos que el mundo le ofrecía.

Su afán era figurar, era lucir su talle y su hermosura. Su ilusión... ser dama de la emperatriz Isabel.

Consiguió, al fin, entrar en la corte de Carlos V, como dama de la emperatriz. Había logrado lo que buscaba. Podía respirar a sus anchas, podía atraer hace ella las miradas de la corte del Emperador. Casi se creía ya esposa de algún grande de la corte.

Llegó entonces a Écija el Santo Juan de Ávila, célebre ya por su santidad y sus escritos, y esta joven, mundana más que cristiana, y más curiosa que devota, quiso confesarse con él.

Se vistió sus mejores galas, no como quien va a practicar un acto de humildad confesando sus culpas, sino como quien va por las calles buscando adoradores, y se acercó a confesarse.

Lo que medió entre ella y el confesor, no es posible saberlo pero se sabe que la confesión fue algo larga y al levantarse del confesionario, no podía contener sus lágrimas.

Al conocer, sin duda, la fealdad del pecado, la hermosura de la gracia, ambas obraron en ella un cambio radical. Volvió al palacio, se encerró en su cuarto, se quitó aquellos vestidos, se cortó luego los cabellos, se vistió de negro..., buscó a sus padres para decirles: "Comunicad, os ruego a la emperatriz que no me cuente ya entre sus damas, porque desde hoy sólo pensaré en Dios y en salvar mi alma".

Lo abandonó todo: riquezas, vestidos, honores... todo. Y pasó sus años en soledad y en una vida de oración y penitencia hasta que la muerte separó su alma para volar al cielo.

Grande es el valor de la gracia que nos hace comprender que todo lo de aquí abajo no es nada ni vale nada ante la idea de la eternidad. ¿De qué sirven la belleza, las riquezas, los honores, los goces que ofrece el mundo, si todo ello no vale nada y se pasa como se pasa el humo?

Esta santa mujer, como tantas otras han

comprendido que, al final de la jornada, aquel que se salva, sabe, y el que no, no sabe nada.

Excelencia de la salvación

San Agustín asegura que la conversión de las naciones por los apóstoles es una cosa más grande y excelente que la creación del mundo; porque el universo pasará, pero la salvación no pasará (Lib. de Civit Dei).

San Juan Crisóstomo, enseña que trabajar por la salvación del prójimo es cosa preferible a la gloria del martirio (Holil. de Sal.).

Y *San Francisco de Asís* decía del alma: Puesto que es del cielo, que vaya allí; puesto que está hecha para el cielo, hágase digno de aquel lugar".

Comprenderemos la excelencia del alma y la necesidad de salvarla, viendo sus maravillosas cualidades: su memoria, su inteligencia..., su voluntad; trinidad en nosotros y unidad.

La excelencia del alma se manifiesta en su espiritualidad, su agilidad..., su inmortalidad. Todo en el universo le está sometido. ¿Qué viene a ser el cuerpo sin el alma? Comprenderemos la grandeza de nuestra alma, su excelen-

cia y la necesidad de salvarla, si consideramos cuál es su vestido. El vestido del cuerpo es pobre y humillante: está formado de los productos de la tierra y de los despojos de los animales... pero el alma necesita un Dios por vestido. Cualesquiera que seáis, dice San Pablo, habiendo sido bautizados en Cristo, habéis sido revestidos del cielo (Gál. 3,27), y en otro lugar dice: *"Revestíos del Señor Jesucristo"* (Rom. 13,14). Tal es el precioso vestido del alma.

Ved también la grandeza y excelencia del alma, y por consiguiente la necesidad de salvarla, en la nobleza de su origen y de sus alianzas. Nuestra alma tiene a Dios Padre por Padre, a Dos hijo por hermano, a Dios Espíritu Santo por esposo... Nuestra alma tiene a María por Madre: *Ecce mater tua* (Jn. 19,27).

¿Cuánto vale nuestra alma? Esta alma caída en Adán, necesita que un Dios la levante. De ahí la Encarnación del Verbo. Y para reconocer bien su excelencia y valor, veamos qué ha hecho Jesucristo por ella: Pesebre, Huerto de los Olivos, su Pasión: bofetadas, insultos groseros sufridos, azotes, corona de espinas, cruz, Calvario, sangre, muerte de un Dios...

Se comprende también la excelencia del alma, si se considera el alimento que necesita... El alma necesita el alimento de la oración... de la virtud..., necesita la sagrada Comunión... El alma necesita por alimento el cuerpo, la sangre y la divinidad de Jesucristo. Y este alimento le es tan necesario para vivir y salvarse, que Jesucristo dijo solemnemente: *"En verdad os digo, si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis en vosotros vida"* (Jn. 6,54).

El destino del alma y su morada pura prueban evidentemente su excelencia. Finalmente, el valor del alma se estima por sus duración. ¿A qué época se remonta su origen? Su origen se pierde en Dios... ¿Cuánto vivirá? Tanto como Dios... Es, pues, una necesidad indispensable salvar el alma.

Dios quiere nuestra salvación

"Vuestra salvación, tal es la voluntad de Dios" (1 Tes. 4,3), dice San Pablo, y añade: *"Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad"* (1 Tim. 2,4).

"Jesucristo se ha entregado por la redención de

todos (1 Tim. 2,6) *y Él sufrió la cruz con toda la alegría que se había propuesto*" (Heb. 12,2).

Es, pues, muy cierto que Dios quiere la salvación de todos..., y Jesucristo añade: "*He venido para que mis ovejas tengan vida y la tengan más abundante*" (Jn. 10,10).

"*No hay salvación en ningún otro, dice el apóstol San Pedro, debajo del cielo no se ha dado a los hombres ningún otro hombre por medio del cual debamos salvarnos*" (Hech. 4,12). "*¿Cómo huiremos del castigo, si descuidamos la salvación que es tan preciosa?*" (Heb. 2,3). *La salvación está lejos de los pecadores, porque no han buscado tus mandamientos, Señor*" (Sal. 119,155), pues Jesucristo nos dice: "*Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos*" (Mt. 19,17).

¿Qué tenemos que hacer para salvarnos?

Lo primero que tenemos que hacer para salvarnos, como ya indicamos anteriormente, es quererlo de veras, evitar los peligros que se oponen a la salvación, y poner los medios necesarios para lograrla.

Referente a los peligros, por ser mucho, debemos estar prevenidos: Primero contra el

demonio, que *"como león rugiente anda rondando y busca a quien devorar"* (1 Ped. 5,8), y como malo que es nos sugiere malos pensamientos para que nos apartemos de la virtud. Después hemos de estar prevenidos con los hombres que siembran el mal con sus malos ejemplos, con sus consejos y con los respetos humanos.

El respeto humano es una bajeza y una locura. ¿Por qué avergonzarnos ante Dios? Nada degrada, envilece y deshonra al hombre como el respeto humano. No te avergüences ante nadie de ser buen cristiano, de cumplir con tus deberes religiosos. ¡Qué cosa más baja y ruin el temer cumplir nuestros deberes según conciencia, porque otros no se rían de nosotros!

Finalmente, también hay que estar prevenidos contra las pasiones, *"porque cada uno es tentado por sus propias concupiscencias, que le atraen y seducen"* (Sant. 1,14).

Y ¿qué medios de salvación debemos tener en cuenta? Primeramente *recurrir al Señor*, como los apóstoles en la tormenta: *"Sálvanos, Señor, que perecemos"* (Mt. 8,25) y meditar su palabra contenida en la Biblia.

- *Vivir con temor de Dios*, o sea, con el temor

santo de no quererle ofender, pues así nos aconseja el apóstol: *"Con temor y temblor trabajad por vuestra salvación"* (Fil. 2,12)

- *Vivir para Jesucristo*, que ha muerto por nosotros, como nos dice el apóstol, *"a fin de que los que viven, no vivan para sí, sino para Aquel que ha muerto y resucitado por ellos"* (2 Cor. 5,15).

- *Es preciso sufrir las pruebas* con paciencia, pues *"por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de Dios"* (Hech. 14,21).

- *Observar ante todo la ley de Dios*, o sea, guardar sus mandamientos, pues nos lo repite: *"Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos"* (Mt. 19,17), pues *"no todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos"* (Mt. 7,31). Obras son amores...

- *Huir del mundo*, y ¿cómo salir del mundo? A lo menos con el afecto, huyendo de las ocasiones de pecado... y como *"el reino de los cielos padece violencia", los que se violentan venciendo las pasiones, los valientes, los decididos son los que logran entrar en él"* (Mt. 11,12).

Como Jesucristo fue por el camino de la cruz, nos pide que practiquemos la mortificación y todas las virtudes cristianas.

¿Qué hacen los santos por su salvación?

Si leemos las vidas de los santos, veremos lo que hicieron por su salvación. Si nos fijamos en figuras del Antiguo Testamento, como fueron Abraham, Isaac y Jacob vemos que miraban la tierra como extraña, vivían habitando bajo tiendas, confesando que eran extranjeros y peregrinos en la tierra, esperando que un día habitarían llenos de felicidad en una ciudad de sólidos fundamentos, o sea, en el cielo. (Heb. 11,15).

Los más de los santos fueron por el camino de la cruz, por el que fue Jesucristo, que a todos nos dice: *"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame"* (Mt. 16,24). *"Los que son de Cristo han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencia"* (Gál. 5,24).

Los que quieren salvarse suelen ir por el camino de la mortificación; mas entendamos que "mortificar" no es matar, sino amortiguar los instintos rebeldes de nuestra naturaleza, sofocar o reprimir los estímulos de la sensualidad y movimientos desordenados. Kempis

dice: "Tanto más adelantarás en la virtud cuanto más te vencieres".

Hay santos como San Juan Berchmans, que viviendo en comunidad en un colegio, aspiraba a la santidad y decía: "Mi mayor penitencia es la vida común". Hacer bien lo que había que hacer, ser puntual en todo, máxime en los ejercicios de piedad. Todos los santos fueron fieles cumplidores de los mandamientos de la Ley de Dios, y esto es lo más esencial de todo.

La vida de San Pablo es admirable. Tenía siempre presente a Jesucristo y así decía: *"Mi vivir es Cristo"*. Para él, Cristo era el centro de su vida, al igual que nosotros decimos, mi vida es la oración, mi vida es el trabajo, así él dice que su vida es Cristo, trabaja y misionaba por Cristo. Y cuanto hacía era por Él. Sin Cristo no tenían para él valor alguno las cosas (Fil. 1,21), y deseaba ser desatado del cuerpo para estar con Cristo, y creía que los padecimientos de esta vida no eran nada en comparación de la gloria que le estaba reservada (Rom. 8,18).

Quien desee salvarse de veras y ser santo, no debe limitarse a decir: querría, desearía, me gustaría..., decir esto es una simple veleidad, lo

que hace falta es pronunciar un "quiero" rotundo, un quiero ser santo y procuro serlo, es decir, un deseo constante y de todos los días y no desanimarse.

Conviene advertir que la santidad no está en hacer penitencias que destrozan la salud, sino en la unión con Dios por medio de la caridad, despegar el corazón de las cosas de la tierra, y vivir unido a Dios, unido por la gracia, en la que hay que perseverar mediante la oración y frecuencia de sacramentos.

El camino de la perfección de los antiguos padres fue el siguiente: Amar a Dios, despreciarse a sí mismo y no despreciar ni juzgar a nadie.

Laudetur Iesuchristus=
Alabado sea Jesucristo